
La hora de la sociedad civil

Adela Cortina

La transición ética: los hábitos del corazón

Hace ya más de un cuarto de siglo España fue capaz de llevar a cabo una transición política del autoritarismo a la democracia liberal que admiraron y admiran una gran cantidad de países por su carácter sereno y pacífico. Los medios de comunicación y la literatura han alabado reiteradamente la actitud de los políticos españoles de los distintos partidos, dispuestos a pactar y acordar con tal de que el país siguiera adelante, en vez de empeñarse en rupturas que no podían llevar a buen puerto. Regresar a fundamentalismos enfrentados que degeneran en guerras o, al menos, en un clima general de crispación, abandonar el camino emprendido de la democracia civilizada, nunca. Ése era afortunadamente el mensaje. Ésa fue nuestra mejor baza.

Sin embargo, y con ser merecidas las alabanzas que se han venido dirigiendo al sector político, bien pocos han recordado abier-

tamente a la que también fue protagonista del cambio, a esa sociedad civil que al menos desde la década de los sesenta venía realizando paso a paso una transición ética.

A fin de cuentas, las transiciones políticas de los países son posibles por las transiciones éticas, las negociaciones de los políticos en todos los lugares de la tierra tienen un corto alcance sin el suelo firme del *ethos*, del carácter de las personas y de los grupos. Como apuntaba Tocqueville, los *hábitos del corazón* de los pueblos son indispensables para construir un orden social determinado, pero también para mantenerlo y profundizar en él; la libertad se ejerce realmente cuando se incorpora a las instituciones y, sobre todo, cuando se encarna en las costumbres de las gentes. En nuestro país la sociedad civil, sin grandes declaraciones, sin grandes pronunciamientos, fue dando cuerpo a una transición ética, que empezó mucho antes que la política y la hizo posible.

Nuestra transición ética empezó hace más de veinticinco años, en una sociedad ilusionada con un futuro mejor. Y no sólo por la esperanza de integrarse en el universo democrático, sino porque impregnaba el ambiente la «movilidad psíquica» de que habló Lerner, la convicción de que los hijos podrían alcanzar un nivel de vida superior al de los padres, en lo económico, profesional y social. Sin abandonar valores tradicionales, como el trabajo, la honestidad o la lealtad, otro mundo mejor era posible.

Ese mundo no podía ser ya «monista» desde el punto de vista moral, no podía tener como orientación vital un solo código ético, un solo modelo de vida en plenitud, como quería la oficialidad de la época, que apostaba por el código nacionalcatólico. Ser español y ser católico coincidían desde el punto de vista oficial, como había recordado tiempo atrás Menéndez y Pelayo con su *Historia de los heterodoxos españoles*; pero además ser católico de un sector del catolicismo muy determinado. Sin embargo, como íbamos ya descubriendo y practicando los españoles, hay diversidad de propuestas

morales entre las distintas éticas de máximos, sean o no religiosas, e incluso distintas posiciones en el seno de las iglesias y también en el de los partidos políticos. Los monolitismos éticos, los que se empeñan en que todos los ciudadanos deben optar por un mismo modelo de vida digna de ser vivida, son imposiciones.

Con todo, es de justicia recordar que en aquel tiempo, y sobre todo en las universidades, otros tres «monismos» competían por el monopolio del mundo ético: la neoescolástica de la época, vertiente académica de la moral oficial, el marxismo empeñado en desacreditar la ética por burguesa y utópica, y el positivismo, la beatería de «los puros hechos», que enviaba los valores morales al limbo de lo irracional.

Y, sin embargo, gentes corrientes y molientes, grupos de universitarios, de profesionales, de trabajadores, de agentes de la opinión pública, grupos religiosos que se distanciaron de la moral oficial, socialistas que veían en la ética un importante motor de transformación, liberales hartos de monolitismos de cualquier género, fueron minando con su *pluralismo efectivo* las pretensiones imperialistas de unos y otros. Intelectuales abiertos como Zubiri, Aranguren, Laín, Marías, en la estela de Ortega, cultivaban un campo nuevo: la persona es constitutivamente moral, pero los contenidos morales han ido evolucionando históricamente y son también diversos en distintas culturas y formas de vida; la realidad constitutivamente moral del hombre permite superar el relativismo, mientras que la diversidad de contenidos avala el pluralismo. Descubrir los valores compartidos que hacen de la diversidad un pluralismo y no un politeísmo fue cosa de las generaciones que hicieron el tránsito.

De ahí que la Constitución de 1978 no viniera sino a respaldar oficialmente ese pluralismo moral que ya existía en la vida cotidiana. La sociedad civil había sido y era la protagonista de su propia transición ética, daba por bueno que es posible convivir con dis-

tintos códigos morales, siempre que se compartan valores irrenunciables, entendía con buen acuerdo que en una sociedad libre pueden convivir diversos modelos de vida en plenitud, siempre que tengan como haber común unos valores en común apreciados. ¿Y cuáles eran esos valores, que componen lo que he creído oportuno llamar una «ética mínima»?

La convicción –creo yo– de que la libertad es superior a la esclavitud, la igualdad a la desigualdad, la solidaridad a la indiferencia, el diálogo a la violencia y el respeto activo a la intolerancia. La convicción –creo yo– de que todo ser humano es infinitamente valioso y por eso mismo no debe instrumentalizarse, porque no tiene precio, sino dignidad, por decirlo con la insuperable expresión de Kant en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.

Son éstos valores que se descubren en la vida compartida, configuran una ética cívica que ya va siendo transnacional y se transmiten en la educación. Quien los degusta sabe que son extremadamente valiosos, forman el capital ético que precisan las sociedades para hacer frente al futuro con dignidad.

El capital ético del mundo occidental

Hace algún tiempo el Banco Mundial recordó que para que un país funcione realmente necesita tener *capital natural*, riqueza natural, y necesita tener, en muy buena medida, *capital construido*, es decir, infraestructuras. Pero lo más interesante, a mi juicio, es que el Banco Mundial incidió en que esas dos formas de capital son insuficientes si el país no tiene también *capital humano* y *capital social*.

Bien puede un país tener excelentes *recursos naturales* y, sin embargo, alcanzar un bajo nivel de desarrollo por la precariedad de la democracia, la impotencia de los ciudadanos, la desconfianza generalizada, la poca densidad de las redes sociales. El capital natu-

ral no basta para el desarrollo, y puede esquilmarse si faltan los otros tres. El *capital construido*, por su parte, las infraestructuras, el capital financiero, el capital comercial, son sin duda indispensables para que un país inicie su desarrollo. Pero difícilmente van a crearse en países social y políticamente inestables, con enormes desigualdades, o en países donde existe una profunda desconfianza en las instituciones políticas y en las económicas. Sin capital humano y social, la prosperidad de un país está vista para sentencia; pero de cualquier país, aunque haya grados: tanto de los que se encuentran «en vías de desarrollo» como de los que se tienen por desarrollados y están perdiendo a ojos vistas competitividad y riqueza social.

Por su parte, el *capital humano* se mide por el nivel de nutrición y de salud, el nivel de educación media y el grado de libertad, pero también forman parte de él la integración y participación de los trabajadores en las empresas, así como los conocimientos y habilidades en trabajos cualificados y pioneros, la capacidad de innovación y gestión del conocimiento.

Por último, componen el *capital social* la confianza, la densidad asociativa y el comportamiento cívico de una sociedad. La *confianza* en los representantes políticos, en la fortaleza de la democracia, en las transacciones comerciales y financieras, en las instituciones, en las relaciones interpersonales, crea esos «círculos virtuosos» en los que las gentes se aventuran a invertir riqueza material e inmaterial, bienes económicos y participación personal, porque resulta fecundo hacerlo, se siguen ventajas de ello personales y colectivas. Los proyectos positivos ilusionantes, anunciados para cumplirlos, la experiencia de la lealtad y la transparencia es lo que genera confianza.

En este caldo de cultivo tiene sentido el *comportamiento cívico*, que se extiende desde algo tan básico como el pago de impuestos, las normas de tráfico o la limpieza de entornos urbanos y natura-

les, hasta la participación en proyectos comunes y en actividades de voluntariado. No es positiva la anomia, no crea riqueza humana la convicción generalizada de que la vida compartida no afecta a nadie en concreto, que lo que es de todos no es de nadie. Y en este sentido es fuente de riqueza el *asociacionismo*, la trama de relaciones que una sociedad es capaz de tejer, en la que las gentes se habitúan a participar, a ser tenidas en cuenta, a no sentirse inermes ante la enfermedad, la vejez, el infortunio.

Sin embargo, yo quisiera añadir una última forma de capital de la que no se ocupa el Banco Mundial y es, sin embargo, indispensable para generar la «riqueza de las naciones». Se trata del *capital ético*, del conjunto de *valores morales* por los que una sociedad apuesta y que son imprescindibles para construir un mejor futuro. Porque, a fin de cuentas, si el capital es el conjunto de medios de producción producidos, un activo que es a la vez producido, productivo y duradero porque no se consume con un solo uso, *es preciso recordar que los pueblos para prosperar en el amplio sentido de la palabra necesitan también un capital ético.*

España cuenta, a mi juicio, con un capital natural que se está perdiendo a ojos vistas por el afán especulador del negocio de la construcción, que ha cobrado proporciones inusitadas, y con un capital construido que tendrá difícil aumentar si fallan los otros tres: el humano, el social y el ético.

Que la formación en España es sumamente precaria es noticia cotidiana. Nuestro nivel investigador, la preparación de nuestras gentes para los trabajos cualificados que exige el mundo cambiante es escasa. Y a ello se suma el derrumbe de la profesionalidad, el progreso de una mentalidad del medro económico personal con olvido del deber del «trabajo bien hecho». El abandono de la responsabilidad por las tareas encomendadas en aras del menor esfuerzo posible. Tampoco parecen crecer las redes asociativas ni, sobre todo, aumenta la confianza de los ciudadanos en los políticos y

en las instituciones, de los clientes en las empresas, de los usuarios en los respectivos profesionales. Por último, la fe en los valores éticos mencionados, de esos que componen la ética ciudadana, es más cosa del dicho que del hecho en una cultura que los proclama, pero vive del individualismo pragmatista.

A mi juicio, éstos son algunos de nuestros mayores problemas, porque los pueblos no prosperan sin preparación y profesionalidad en el trabajo, sin redes sociales, sin confianza mutua, sin valores compartidos. Mucho menos con enfrentamientos constantes y crispación: el pluralismo no consiste en la confrontación permanente, sino en la convicción de que es legítimo que existan distintas propuestas morales y que es preciso respetarlas activamente, siempre que de algún modo representen un punto de vista moral que las hagan respetables.

Construir el futuro: el protagonismo de la sociedad civil

En apreciar al menos verbalmente este capital ético del que hablamos coinciden las distintas comunidades y pueblos de España. Las diferencias que existen entre ellos son históricas, en la medida en que se han configurado como comunidades o como regiones diferentes; son también de convivencia de lenguas, en los casos en que se hablan dos lenguas en la vida cotidiana, y en el País Vasco algunos grupos pretenden que las diferencias son, en su caso, también étnicas. Pero la cultura ética y la cultura política de esas comunidades y pueblos son las mismas, los valores son los de esa ética de los ciudadanos desde la que es preciso abordar los problemas, y que ha llevado a autores como Habermas a hablar de un «patriotismo constitucional».

En los países con tradición democrático-liberal lo que nos acaba uniendo no es afortunadamente una presunta identidad étnica,

ni siquiera una unidad de lengua, sino una identidad moral, un conjunto de valores y la defensa de unos derechos, enraizados en una trayectoria histórica compartida.

Precisamente, esos valores de la España democrática también se recogen expresamente al comienzo del Tratado Constitucional de la Unión Europea, como expresión de la identidad moral de Europa. Los comparten en el contexto europeo cristianos, ateos y agnósticos, porque forman parte de esa ética cívica, de esa ética de los ciudadanos, en la que ha venido a recalar «la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa», de que habla el Tratado Constitucional.

De hecho, las comisiones y comités éticos de la Unión Europea en sus diversas esferas, sean de bioética, de ética de la empresa, de medios de comunicación, de deporte, se atienen a esos valores que es preciso ir interpretando en su aplicación a la vida cotidiana. Como bien dicen los hermeneutas, el significado de una norma o de un valor se precisa cuando se aplica. De ahí que estos comités y comisiones, abundantes en España y en la Unión Europea, están suponiendo, como en algún lugar apunté, la «fenomenización de la moral cívica».

España no es, ciertamente, la «reserva espiritual de Occidente», ni lo ha sido nunca. Pero tampoco hace falta que, parafraseando a Ortega, pase abruptamente de querer ser demasiado a demasiado no querer ser. Y la gran ventaja del siglo XXI es que el progreso de las uniones transnacionales nos ha permitido expresar nuestra pertenencia a Europa incluso de forma oficial, el progreso en la globalización está haciendo posible estrechar los vínculos con una América Latina que siempre hemos llevado en lo más profundo del alma, y las urgencias del momento, en forma desgraciadamente de inmigrantes desesperados, nos están obligado a mirar de nuevo a África.

En lo que hace a la Unión Europea, se abren para ella al menos dos grandes oportunidades: la de avanzar en la construcción

de una *ciudadanía cosmopolita*, sin exclusiones, dando carne de realidad al sueño estoico, cristiano, liberal y socialista de una república de ciudadanos del mundo, y la de hacerlo desde esa «forma de vida europea» que hizo de los derechos sociales la carta de triunfo de la auténtica competitividad, porque, a fin de cuentas, por decirlo con Sen, el fin de la economía es crear una buena sociedad, la economía que quiera serlo debe ser, por decirlo con Jesús Conill, ética.

Una ciudadanía sin exclusiones no se construye si cada unión transnacional es excluyente de puertas para adentro y de puertas para afuera. En nuestro caso, si Europa no toma en serio en la vida diaria el objetivo que dice proponerse de insertarse en el marco de una «economía social de mercado», tendente al pleno empleo y al progreso social, en un nivel elevado de protección del medio ambiente y desarrollo sostenible. Lo que ha sido, a fin de cuentas, su sello distintivo.

La «forma de vida europea», sobre la que tanto se ha dicho y escrito, tenía la genial peculiaridad de intentar obedecer al imperativo de la competitividad desde la obediencia al imperativo social. De intentar convertirse en la economía basada en el conocimiento más competitiva, a través del triple balance: económico, social y medioambiental. Ésa era y tiene que ser la «vía europea al cosmopolitismo».

Una vía que debe transitar necesariamente, sobre todo en el caso de España, por dos lugares privilegiados: América Latina y África. África es en estos momentos la gran asignatura pendiente; con América Latina nos une no sólo un vínculo histórico que es a la vez deuda y riqueza, sino también una semejanza de formas de vida, una comunidad de experiencias vitales que hace a latinoamericanos y españoles encontrarse en casa tanto a un lado como al otro del Océano. Desde el punto de vista ético, la mayor parte de países iberoamericanos están llevando a cabo el tránsito de una socie-

dad moralmente monista a una moralmente pluralista, y lo hacen, como es obvio, cada uno con su especificidad.

También ellos, como nosotros, necesitan recordar en voz alta cuáles son los valores éticos que les unen, que les prestan cohesión social, para hacer frente a la corrupción de las elites, la marginación de los indígenas, la cotidianeidad de la violencia, la inmensa desigualdad, la intolerable pobreza. También ellos creen en realidad que es mejor la libertad que la esclavitud, la igualdad que la desigualdad, la solidaridad que el desinterés, el diálogo y el respeto mutuo que la violencia. Pero necesitamos ayudarnos en nuestra creencia, necesitamos apoyarnos unos a otros para expresar y sobre todo encarnar los valores éticos en que creemos. Cada cual con su peculiaridad histórica, con sus formas de vida singulares, pero con su convicción de que las personas no pueden ser instrumentalizadas, deben ser empoderadas, y de que es preciso proteger a la naturaleza vulnerable.

Ciertamente, en 1978, como ahora, el aprecio de este capital conjunto era una tendencia fuerte, junto a otras, que podía reforzarse o podía debilitarse. La ley del péndulo es implacable, y tras décadas de valores fuertes, convicciones dogmáticas, autoritarismo, la primera década de la España democrática entendió que la tolerancia se construye debilitando los valores morales, sustituyendo las convicciones por las convenciones, el autoritarismo por la ausencia de autoridad, el hombre como portador de valores eternos por las personas con derecho al bienestar.

Pero lo bien cierto es que una sociedad justa no puede construirse sin convicciones, siempre que se trate de convicciones abiertas a la crítica racional, los derechos no pueden protegerse si nadie asume sus responsabilidades, la autoridad moral es indispensable para contar en la vida con algún tipo de referencia, los valores débiles son insuficientes para evitar las tramas de la corrupción, para eludir la tentación de utilizar el bien público con fines priva-

dos, para tomarse en serio los problemas de los países en desarrollo porque son problemas de personas, mucho antes de que los gobiernos no sepan si poner vallas ante la inmigración o devolver a los inmigrantes a sus países de origen.

A comienzos del siglo XXI es urgente reforzar la tendencia de apostar por los valores fuertes, es urgente reforzar la tendencia de otorgar a la sociedad civil el protagonismo que le corresponde y no dejar la vida compartida únicamente en manos de los partidos políticos. Es urgente pasar de la transición ética a la encarnación de los valores en las distintas esferas de la vida cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

- J. L. Aranguren, *Ética*, Madrid, Trotta, II, 1994, 159-502.
–, *La ética de Ortega*, Madrid, Trotta, II, 1994, 503-540.
H. Carpintero, *Cinco aventuras españolas*, Madrid, Revista de Occidente, 1967.
J. Conill, *Horizontes de economía ética*, Madrid, Tecnos, 2004.
A. Cortina, *Ética mínima*, Madrid, Tecnos, 1986.
–, *Alianza y contrato*, Madrid, Trotta, 2001.
J. Habermas, *La inclusión del otro*, Barcelona, Paidós, 1999.
I. Kant, *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*, Berlín, Walter de Gruyter, 1968, IV, 385-464.
P. Laín Entralgo, *Ejercicios de comprensión*, Madrid, Taurus, 1959.
J. Marías, *Tratado de lo mejor*, Madrid, Alianza, 1995.
J. Muguerza, *Desde la perplejidad*, México, F.C.E., 1990.
J. Ortega y Gasset, «¿Por qué he escrito “El hombre a la defensiva”?», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, IV, 69 ss.
X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza, 1986.

A. C.